LA CUEVA DE SALAMANCA

POR

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/lacuevadesalaman11619cerv

LA CUEVA DE SALAMANCA

PERSONAJES

CRACIO.—CARRAOLANO, ESTUDIANTE.—REPONCE, SACRISTÁN.—EL BARBERO.
LEONISIO, COMPADRE DE PANCRACIO.—LEONARDA.—CRISTINA

ESCENA PRINERA

PANCRACIO, LEONARDA Y CRISTINA.

NCRACIO. - Enjugad, señora, esas lágri-
y poned pausa a vuestros suspiros, con-
ando que cuatro dias de ausencia no
siglos: yo volveré, a lo más largo a los
, si Dios no me quita la vida; aunque
mejor no turbar la vuestra, romper mi
ora, y dejar esta jornada, que sin mi
encia se podrá casar mi hermana
ONARDA.—No quiero yo, mi Pancracio
señor, que por respeto mío vos parez-
descortés, id, en hora buena, y cumplid
vuestras obligaciones, pues las que os
n son precisas: que yo me apretaré con
aga, y pasaré mi soledad lo menos mal
pudiere: sólo os encargo la vuelta, y
no paséis del término que habéis puesto.
ne, Cristina, que se me aprieta el cora-
(*desmáyase*).

RISTINA.—¡Oh, que bien hayan las bodas
s fiestas! que si yo fuera que vuesa mer-
nunca allá fuera.

ANC. Entra, hija, por un vidro de agua,
echársela en el rostro. Más espera; di-
unas palabras que sé al oído, que tienen
id para hacer volver de los desmayos
blale al oído y vuelve en sí Leonarda,
endo):

EO. - Basta: ello ha de ser forzoso; no
sino tener paciencia, bien mío; cuanto
os detuviéredes, más dilatais mi con-
o. Vuestro compadre Leoniso os dabe de
aguardar ya en el coche. Andad con Dios:
que él os vuelva tan presto y tan bueno
como yo deseo.

PANC. Mi angel, si gustas que me que-
de, no me moveré de aquí más que una es-
tátua.

LEO. - No, no, descanso mío; que mi gus-
to está en el vuestro; y por agora más que
os váis, que no os quedéis, pues es vuestra
honra la mía.

CRIST.—¡Oh espejo de matrimonio! A fe
que si todas las casadas quisiesen tanto a
sus maridos como mi señora Leonarda quie-
re al suyo, qué otro gallo les cantase.

LEO.—Entra Cristina, y saca mi manto;
que quiero acompañar a tu señor hasta de-
jarle en el coche.

PANC.—No, por mi amor; abrazadme, y
quedaos, por vida mía. Cristina, ten cuenta
de regalar a tu señora, que yo te mando un
calzado cuando vuelva, como tu quisieres.

CRIST.—Vaya, señor, y no lleve pena de
mi señora, porque la pienso persuadir de
manera que nos holguemos, que no imagi-
ne en la falta qué vuesa merced le ha de
hacer.

LEO.—¿Holgar yo? ¡Qué bien estás en la
cuenta, niña! porque ausente de mi gusto,
no se hicieron los placeres ni las glorias
para mí: penas y dolores, sí.

PANC.—Ya no la puedo sufrir. Quedad
en paz, lumbre de estos ojos, los cuales no
verán cosas que les dé placer, hasta volve-
ros a ver. (*Vase*).

ESCENA II

LEONARDA Y CRISTINA.

LEONARDA.—Allá darás, rayo, en casa de Ana Díaz. Vayas y no vuelvas; la ida del humo. Por Dios, que esta vez no os han de valer vuestras valentías ni vuestros recatos.

CRISTINA.—Mil veces temí que con tus extremos habías de estorbar su partida y nuestros contentos.

LEO.—¿Si vendrán esta noche los que esperamos?

CRIST.—¿Pues no? Ya los tengo avisados, y ellos están tan en ello, que esta tarde enviaron con la lavandera, nuestra secretaria, como que eran paños, una canasta de colar, llena de mil regalos y de cosas de comer, que no parece sino uno de los serones que da el Rey el Jueves Santo a sus pobres; sino que la canasta es de Pascua, porque hay en ella empanadas, fiambreras, manjar blanco y dos capones que aún no están acabados de pelar, y todo género de fruta de la que hay ahora; y sobre todo, una bota de hasta una arroba de vino, de lo de una oreja, que huele que trasciende.

LEO.—Es muy cumplido, y lo fué siempre, mi Reponce, sacristán de las telas de mis entrañas.

CRISTINA.—Pues ¿qué le falta a mi maese Nicolás? Barbero de mis hígados y navaja de mis pesadumbres, que así me las rapa y quita cuando le veo, como si nunca las hubiera tenido.

LEO.—¿Pusiste la canasta en cobro?

CRIST.—En la cocina la tengo, cubierta con un cernedero por el disimulo.

ESCENA III

DICHOS Y CARRAOLANO, *que entra después de llamar, sin esperar que le respondan.*

LEONARDA.—Cristina, mira quien llama.

EL ESTUDIANTE CARRAOLANO.—Señoras, yo soy un pobre estudiante.

CRISTINA.—Bien se os parece que sois pobre y estudiante, pues lo uno muestra vuestro vestido, y el ser pobre vuestro atrevimiento. ¡Cosa extraña es esta, que no hay pobre que espere a que le saquen la limosna a la puerta, sino que se entran en las casas hasta el último rincón, sin mirar si despiertan a quien duerme o si no!

EST.—Otra más blanda respuesta raba yo de la buena gracia de vuesa m cuanto más que yo no quería, ni bu otra limosna, sino alguna caballeriza jar donde defenderme esta noche de l clemencias del cielo, que, según se tra parece que con grandísimo rigor a la amenazan.

LEO.—¿Y de dónde bueno sois, a

EST.—Salamantino soy, señora mía, ro decir que soy de Salamanca. Iba a con un tío mío, el cual murió en el ca en el corazón de Francia. Vine solo; d miné volverme a mi tierra; robáronm lacayos o compañeros de Roque Guir en Cataluña, porque él estaba ausente a estar allí, no consintiera que se me h agravio; porque es muy cortés y com y además limosnero. Hame tomado a santas puertas la noche, que por tal juzgo, y busco mi remedio.

LEO.—En verdad Cristina, que m movido a lástima el estudiante.

CRIST. *(Aparte a Leo.)*.—Ya me tie mí rasgadas las entrañas. Tengámos casa esta noche, pues de las sobras de tillo se podrá mantener el real; quiero que en las reliquias de la canasta hab quien adore su hamLre, y más, qne me dará a pelar la volatería que viene cesta.

LEO.—Pues ¿cómo, Cristina, quieres metamos en nuestra casa testigos de tras liviandades?

CRIST.—Así tiene el talle de hablar colodrillo como por la boca. Venga acá, go: ¿sabe pelar?

EST.—¿Cómo si se pelar? No enti eso de saber pelar, si no es que quiere sa merced motejarme de pelón; que no para qué, pues yo me confieso por el m pelón del mundo.

CRIST.—No lo digo yo por eso, en m ma, sino por saber si sabría pelar dos d pares de capones.

EST.—Lo que sabré responder es qu señoras, por la gracia de Dios, soy grad de bachiller por Salamanca, y no digo.

LEO.—Desa manera, ¿quién duda, que sabrá pelar, no sólo capones sino sos y abutardas? Y en esto de guard secreto, ¿cómo le vá? y a dicha, ¿es ten

cir todo lo que ve, imagina o siente?
r.—Así pueden matar delante de mí
nombres que carneros en el Rastro, que
esplegue mis labios para decir palabra
ha.
IST.—Pues atúrese esa boca y cósase
engua con una agujeta de dos cabos, y
lese esos dientes, y éntrese con nos-
, y verá misterios y cenará maravillas,
drá medir en un pajar los pies que quí-
para su cama.
T. - Con siete tendré demasiado, que
o soy nada codicioso ni regalado.

ESCENA IV

IOS, *el sacristán* REPONCE *y el* BARBERO.

ACRISTÁN REPONCE.—¡Oh, que en hora
ha estén los automedontes y guías de
carros de nuestros gustos, las luces de
stras tinieblas, y las dos recíprocas vo-
ades que sirven de bases y columnas a
morosa fábrica de nuestros deseos!
EONARDA.—Esto solo me enfada de él,
onice mío: habla, por tu vida, a lo mo-
no y de modo que te entienda, y no te
rrames donde no te alcance.
ARBERO.—Eso tengo yo bueno, que ha-
más llano que una suela de zapato; pan
vino y vino por pan, como suele decirse.
ACRISTÁN.—Sí, que diferencia ha de ha-
de un sacristán gramático a un barbero
ancista.
RISTINA.—Para lo que yo he menester a
barbero, tanto latín sabe y aun más, que
o Antonio de Nebrija; y no se dispute
ra de ciencia, ni de modos de hablar:
cada uno habla, sino como debe, a lo
dos como sabe; y entrémonos y manos a
abor, que hay mucho que hacer.
ESTUDIANTE.—Y mucho que pelar.
SAC.—¿Quién es este buen hombre?
LEO.—Un pobre estudiante salamanque-
que pide albergo para esta noche.
SAC.—Yo le daré un par de reales para
ia y para lecho, y váyase con Dios.
EST.—Señor sacristán Reponce, recibo y
adezco la merced y la limosna; pero yo
y mudo y pelón además, como ha menes-
esta señora doncella que me tiene con-
lado; y voto a... de no irme esta noche
sta casa, si todo el mundo me lo manda.
Confíese vuesa merced, mucho de enhora-
mala de un hombre de mis prendas, que se
contenta con dormir en un pajar; y si lo han
por sus capones, péleseios el Turco y có-
manselos ellos, y nunca del cuero les
salgan.

BARB.—Este más parece rufián que pobre;
talle tiene de alzarse con toda la casa.

CRIST.—No medre yo si no me contenta
el brío. Entrémonos todos y demos orden en
lo que se ha de hacer; que el pobre pelará y
callará como en misa.

EST.—Y aún como en vísperas.

SAC.—Puesto me ha miedo el pobre es-
tudiante; yo apostaré que sabe más latín
que yo.

LEO.—De ahí le deben de nacer los bríos
que tiene: pero no te pese amigo, de hacer
caridad, que vale para todas las cosas.
(*Vásen todos*).

ESCENA V

LEONISIO, *compadre de* PANCRACIO *y éste*
(en la calle).

LEONISIO.—Luego lo vi yo que nos había
de faltar la rueda; no hay cochero que no
sea temático, si él rodeara un poco y, sal-
vara aquel barranco, ya estuviéramos dos
leguas de aquí.

PANCRACIO.—A mi no se me da nada; que
antes gusto de volverme a pasar esta noche
con mi esposa Leonarda, que en la venta;
porque la dejé esta tarde casi para expirar
del sentimiento de mi partida.

LEON.—¡Gran mujer! ¡De buena os ha
dado el cielo, señor compadre! Dadle gracias
por ello.

PANCRACIO.—Ya se las doy como puedo y
no como debo; no hay Lucrecia que se le
llegue ni Porcia que se le iguale: la hones-
tidad y el recogimiento han hecho en ella
su morada.

LEON.—Si la mía no fuese celosa, no te-
nía yo más que desear. Por esta calle está
más cerca mi casa: tomad, compadre, por
estas, y estaréis presto en la vuestra; y veá-
monos mañana, que no me faltará coche
para la jornada. Adiós.

PANC.—Adiós. (*Vánse cada uno por su*
lado).

ESCENA VI

EL SACRISTÁN Y BARBERO *con guitarras*; LEONARDA, CRISTINA Y ESTUDIANTE. *El sacristán con la sotana alzada y ceñida al cuerpo, danzando al son de su guitarra y diciendo:*

SACRISTAN.—¡Linda noche, lindo rato, linda cena y lindo amor!

CRISTINA.—Señor sacristán Reponce, no es tiempo de danzar; dese orden en cenar y en las demas cosas, y quédense las danzas para mejor coyuntura.

SAC.—¡Linda noche, lindo rato, linda cena y lindo amor!

LEONARDA.—Déjale Cristina; que en extremo gusto de ver su agilidad.

(Llama Pancracio a la puerta y dice:)

PANCRACIO.—Gente dormida, ¿no ois? ¡Como! ¿Y tan temprano teneis atrancada la puerta? Los recatos de mi Leonarda deben de andar por ah.

LEO.—¡Ay, desdichada! A la voz y a los golpes, mi marido Pancracio es este; algo le debe de haber sucedido, pues el se vuelve. Señores, a recogerse a la carbonera: digo al desván, donde está el carbon.—Corre Cristina y llévalos; que yo entretendré a Pancracio de modo que tengas lugar para todo.

ESTUDIANTE.—¡Fea noche, amargo rato, mala cena y peor amor!

CRIST.—¡Gentil relente por cierto! Ea, vengan todos.

PANC.—¿Que diablos es esto? ¿Como no me abris lirones?

EST.—Es el toque que yo no quiero correr la suerte destos señores; escóndanse ellos donde quisieren, y llévenme a mi al pajar, que si allí me hallan, antes pareceré pobre que adúltero.

CRIST.—Caminen, que se hunde la casa a golpes.

SAC.—El alma llevo en los dientes.

BARBERO.—Y yo en los cascañares. *(Salen todos.)*

ESCENA VII

LEONARDA *(desde la ventana)*. PANCRACIO Y CRISTINA

LEONARDA.—¿Quien está ahí? ¿Quien llama?

PANCRACIO.—Tu marido soy, Leonarda mia; ábreme, que ha media hora que estoy rompiendo a golpes estas puertas.

LEO.—En la voz bien me parece a mi que oigo a mi cepo Pancracio; pero la voz gallo se parece a la de otro gallo, y r aseguro.

PANC.—¡Oh recato inaudito de muje dente! que yo soy vida mia, tu marid cracio: ábreme con toda seguridad.

LEO.—Venga acá, yo lo veré agora. hice yo cuando él se partió esta tarde?

PANC.—Suspiraste, lloraste, y al ca desmayaste.

LEO.—Verdad; pero con todo esto, me: ¿que señales tengo yo en uno d hombros?

PANC.—En el izquierdo tienes un del grandor de medio real, con tres ca como tres mil h bras de oro.

LEO.—Verdad; pero ¿cómo se lla doncella de casa?

PANC.—Ea, boba, no seas enfadosa: tinica se llama; ¿que más quieres?

LEO.—Cristinica, Cristinica, tu seño ábrele niña.

CRIST. *(que entra)*.—Ya voy, señora; q sea muy bien venido.—¿Que es esto de mi alma? ¿Que acelerada vuelta es *(al abrir)*.

PANC.—*(dentro ya)*.—No ha sido cosa sino que en un barranco se queb rueda del coche, y mi compadre y yo d minamos volvernos, y no pasar la noch el campo; y mañana buscaremos en q pues hay tiempo. Pero ¿que voces hay

ESCENA VIII

DICHOS *y el* ESTUDIANTE, *primero a lejos y luego dentro.*

ESTUDIANTE *(fuera)*.—Abranme aquí ñores, que me ahogo.

PANCRACIO.—¿Es en casa o en la call

CRISTINA.—Que me maten sino es e bre estudiante que encerré en el pajar que durmiese esta noche.

PANC.—¿Estudiante encerrado en mi y en mi ausencia? ¡Malo! En verdad, s ra, que si no me tuviera asegurado v mucha bondad, que me causara algún lo, este encerramiento. Pero ve, Cristi ábrele; que se le debe haber caido toc paja acuestas.

CRIST. Ya voy. *(Vase.)*

LEO.—Señor, que es un pobre salam queso, que pidió que le acogiésemos

e, por amor de Dios, aunque fuese en
jar; y ya sabes mi condición, que no
o negar nada de lo que se me pide, y
rrámosle; pero vesle aquí y mirad cual
(Entran el Estudiante y Cristina.)

T. Si yo no tuviera tanto miedo y fue-
enos escrupuloso, yo hubiera excusado
eligro de ahogarme en el pajar y hubie-
nado mejor, y tenido más blanda y me-
peligrosa cama.

NC. Y ¿quién os había de dar, amigo,
or cena y mejor cama?

ST.—¿Quién?, mi habilidad; sino que el
or de la justicia me tiene atadas las manos.

NC. Peligrosa habilidad debe de ser
iestra, pues os temeis de la justicia.

ST.—La ciencia que aprendí en la Cue-
e Salamanca, de donde yo soy natural,
dejara usar sin miedo de la Santa In-
ición, yo se que cenara y recenara a
a de mis herederos; y aún quizá no es-
muy fuera de usalla, siquiera por esta
donde la necesidad me fuerza y me dis-
a; pero no se si estas señoras serán tan
etas como yo lo he sido

ANC. No se cure de ellas, amigo, sino
a lo que quiere, que yo les haré que ca
; y ya deseo en todo extremo ver algu-
lestas cosas que dicen que se aprenden
a Cueva de Salamanca.

ST. ¿No se contentará vuesa merced
que le saque aquí dos demonios en fi-
is humanas, que traigan acuestas una ca-
a llena de cosas, fiambres y comederas?

EO.—¿Demonios en mi casa y en mi
encia? ¡Jesús!, librada sea yo de lo que
rme no sé.

RIST. *(Aparte.)* El mismo diablo tiene
studiante en el cuerpo: ¡plega a Dios
vaya a buen viento esta parva! Tem-
ídome está el corazón en el pecho.

ANC. Ahora bien; si ha de ser sin peli-
y sin espantos, yo me holgaré de ver
s señores demonios y a la canasta de las
breras; y torno a advertir que las figuras
sean espantosas.

ST. Digo que saldrán en figura del sa-
tán de la parroquia y en la del barbero
amigo.

RIST.—¿Más qué, lo dice por el sacristán
once y por maese Roque, el barbero de
a? ¡Desdichados dellos, que se han de
ver convertidos en diablos! Y dígame, her-
mano, ¿y estos han de ser diablos bauti-
zados?

EST. ¡Gentil novedad! ¿A dónde hay dia-
blos bautizados o para qué se han de bautiz-
zar los diablos? Aunque podrá ser que estos
lo fuesen, porque no hay regla sin excep-
ción; y apártense y verán maravillas.

LEO. *(Aparte.)* ¡Ay, mi ventura! aquí se
descose, aquí salen nuestras maldades a pla-
za; aquí soy muerta.

CRIST. Ánimo, señora; que buen corazón
quebranta mala ventura.

EST.—Vosotros, mezquinos, que en la
[carbonera
Hallaste amparo a vuestra desgracia,
Salid, y en los hombros, con priesa y con
[gracia,
Sacad la canasta de la fiambrera;
No me inciteis a que de otra manera
Más dura os conjure. Salid ¿qué esperais?
Mirad que si a dicha el salir rehusais,
Tendrá mal suceso mi nueva quimera.

Ora bien; yo sé como me tengo de haber
con estos demonios humanos: quiero entrar
allá dentro y a solas hacer un conjuro tan
fuerte, que los haga salir más que de paso;
aunque la calidad de estos demonios, más
estáen sabellos aconsejar que en conjura-
llos. *(Váse.)*

ESCENA IX.

DICHOS. *Menos el* ESTUDIANTE.

PANCRACIO. Yo digo que si este sale con
lo que ha dicho, que será la cosa más nue-
va y más rara que se haya visto en el mundo.

LEONARDA.—Sí, saldrá, ¿quién lo duda?,
pues, ¿habíanos de engañar?

CRISTINA. Ruido anda allá dentro; yo
apostaré que los saca; pero ve aquí do vuel-
ve con los demonios y el apatusco de la ca-
nasta.

ESCENA X

DICHOS, ESTUDIANTE, REPONCE y BARBERO.

LEONARDA.—¡Jesús! ¡que parecidos son
los de la carga al sacristan Reponce y al
barbero de la plazuela!

CRISTINA. Mira, señora que donde hay
demonios no se ha de decir Jesús.

REPONCE.—Digan lo que quisieren; que
nosotros somos como los perros del herre-

ro, que dormimos al son de las martilladas: ninguna cosa nos espanta ni turba.

LEO.—Lléguense a que yo coma de lo que viene de la canasta, no tomen menos.

ESTUDIANTE.—Yo haré la salva y comenzaré por el vino *(bebe)*. Bueno es: ¿es de Esquivias, señor sacridiablo?

REP.—De Esquivias es, juro a...

EST. Téngase por vida suya y no pase adelante; amiguito soy yo de diablos juradores. Demonico, demonico, aquí no venimor a hacer pecados mortales, sino a pasar una hora de pasatiempo y cenar, y irnos con Cristo.

CRIST.—¿Y estos han de cenar con nosotros?

PANCRACIO.—Si, que los diablos no comen.

BARBERO.—Sí comen algunos, pero no todos; y nosotros somos de los que comen.

CRIST.—¡Ay, señores! quédense aca los pobres diablos, pues han traído la cena; pues sería poca cortesía dejarlos ir muertos de hambre, y parecen diablos muy horados y muy hombres de bien.

LEO.—Como no nos espanten y si mi marido gusta, quédense en buen hora.

PANC.—Queden; que quiero ver lo que nunca he visto.

BARB.—Nuestro Señor pague a vuesas mercedes la buena obra, señores mios.

CRIST.—¡Ay, que bien criados que corteses! nunca medre yo, si todos los diablos son como estos, sino han de ser mis amigos de aqui adelante.

REP.—Oigan, pues, para que se enamoren de veras:

(Canta Reponce acompuñándose y coreado por el Barbero en el estribillo).

REP. Oigan los que poco saben
Lo que con mi lengua franca
Digo del bien que en sí tiene
BARB. *La Cueva de Salamanca.*
REP. Oigan lo que dejó escrito
Della el bachiller Tudanca
En el cuero de una yegua
Que dicen que fué potranca,
En la parte de la piel
Que confina con el anca,
Poniendo sobre las nubes
BARB. *La cueva de Salamanca.*
REP. En ella estudian los ricos
Y los que no tienen blanca,
Y sale entera y rolliza
La memoria que está manca,
Siéntanse los que allí enseñan
De alquitrán en una banca,
Porque estas bombas encierra
BARB. *La cueva de Salamanca.*
REP. En ella se hacen discretos
Los moros de la Palanca;
Y el estudiante más burdo
Ciencias de su pecho arranca,
A los que estudian en ella
Ninguna cosa les manca;
Viva pues siglos eternos
BARB. *La cueva de Salamanca.*
REP. Y nuestro conjurador,
Si es a dicha de Loranca,
Tenga en ella cien mis vides
De uva tinta y de uva blanca;
Y al diablo que le acusare,
Que le den con una tranca,
Y para el tal jamás sirva
BARB. *La cueva de Salamanca.*

CRIST.—Basta; que también los dia son poetas.

BAR.—Y aún todos los poetas son dia

PANC.—Dígame, señor mío, pues los blos lo saben todo, ¿donde se invent todos esos bailes de las *Zarabandas, Z bapalo y Dello me pesa*, con el famoso nuevo Escarramán?

BARB.—¿Adonde? en el infierno; allí vieron su origen y principio.

PANC.—Yo así lo creo.

LEO.—Pues en verdad, que tengo yo puntas y collar de escarramanesco; sino mi honestidad y por guardar el decc quien soy, no me atrevo a bailarle.

REP.—Con cuatro mudanzas que y enseñase a vuesa merced cada día en semana, saldría única en el baile; que sé le falta bien poco.

EST.—Todo se andará; por agora er monos a cenar, que es lo que importa.

PANC.—Entrémonos; que quiero averi si los diablos comen o no, con otras cien cosas que dellos cuentan; y por Dios no han de salir de mi casa hasta que m jen enseñado en la ciencia y ciencias qu enseñan en *La Cueva de Salamanca*.

FIN